

Dispuesto a interrogar los sentidos y las fronteras de uno de esos casilleros con los que la prensa divide el mundo, el "Patán" Ragendorfer se sumerge en el que es su *métier*. Orígenes, contrariedades e infortunios de la Sección Policiales, en tiempos en que el periodismo, más preocupado por las ficciones taquilleras que por la verdad, deja de registrar la historia para convertirse en una miserable parte de ella.

# LA POROSA LÍNEA ROJA

texto

**Ricardo Ragendorfer \***

En el cosmos de la literatura, el acto de ficcionalizar el crimen le dio sentido al relato detectivesco, el gran género inventado en el siglo XIX por las narrativas urbanas. Ya en 1841, Edgar Allan Poe se aventuró a plantear en su cuento "Los asesinatos de la rue Morgue" ("The Murders in the rue Morgue") que la ciudad es el espacio propicio de los acontecimientos más terribles; hechos atroces que toman por sorpresa al ciudadano común en medio de alguna calle oscura. Esa operatoria de la imaginación no demoró en ser trasplantada a las crónicas de la realidad. Así nació en los diarios la sección de "Policiales".

A diferencia de otros escenarios mediáticos, este campo del periodismo no suele contar entre sus protagonistas con celebridades. Sus forzados actores son, por lo general, seres sin rostro ni pasado que un buen día –y siempre de manera abrupta– pierden definitivamente su bajo perfil impulsados por el resorte más ingrato de la fama: haberse convertido en homicidas o ser asesinados.

Una creencia probablemente acuñada por la novela policial inglesa asegura

que todo crimen debe incluir su respectivo misterio. Y tal premisa, en mayor o menor medida, también suele ser aplicada a los hechos sangrientos de la vida. Por lo tanto, en pocas ocasiones la prensa especializada se muestra dispuesta a no exprimir esa veta.

Sin embargo, de las noticias delictivas a mí me conmueven enigmas de otro signo: pequeños disparadores, escenas imperceptibles, algunos diálogos y la tenue estructura de chiste que siempre revolotea sobre las tragedias humanas. Porque ya se sabe que la crueldad es apenas una provincia de la estupidez. Y poblada por una heterogénea calaña de personajes que, de modo espontáneo o calculadamente, supieron brincar por encima de la delgada línea que divide la existencia cotidiana del horror, en un paso de baile extremo que los marcó para siempre.

Tales asuntos, entre muchos otros, son tratados en la sección de "Policiales". Pero dicho rótulo –una palabra que alude a las fuerzas de seguridad y que, a la vez, desliza una invocación al "orden"– siempre me ha parecido un tan-

to desafortunado e insuficiente en relación con su territorio informativo. Porque, al encontrarse habitado por toda clase de criminales, sería más atinado hablar de género "Delincuencia". En los medios españoles, en cambio, a la sección que aborda estos temas se la denomina simplemente "Sucesos", que al menos tiene el enorme mérito de no significar absolutamente nada.

Algo así también ocurre con su pariente genérico más próximo, el llamado "Periodismo de investigación", cuya materia son las trapisondas legales –entre estas, ciertos homicidios–, los negociados, las conspiraciones y otras acciones secretas cometidas desde las altas esferas del poder. Y su inexactitud nominal reside en considerar el acto investigativo como un patrimonio exclusivo de sus cultores, cuando en realidad todos los periodistas, aun los que escriben sobre chismes de la farándula, articulan –de acuerdo con sus recursos y necesidades– algún tipo de investigación.

Lo cierto es que a tales desdichas semánticas se les suma –por lo menos, en



la prensa argentina—otra discordancia: si ocurre, por ejemplo, un asesinato en un estadio de fútbol, su cobertura va a la sección deportiva; del mismo modo, un “escrache” en el domicilio de algún intendente con aspiraciones presidenciales se publica en la sección política. Y así, sucesivamente.

En ese contexto, el diario *La Nación* —el más antiguo del país— se ha puesto a tono con la época al bautizar su página roja con el nombre de “Seguridad”. Una sorprendente declaración de principios en una sociedad atribulada por el siguiente círculo vicioso: los medios amplifican los índices de “inseguridad” —un modo algo insidioso de llamar la violencia urbana—, la “parte sana de la población” reclama medidas punitivas al respecto y la clase política —ya sea en el poder o fuera de él— se juramenta a remediar ese flagelo.

Pero si por violencia urbana se entienden los delitos contra la propiedad, los actos vandálicos cometidos en banda y otros quehaceres del hampa —todos con sus respectivas víctimas fatales—, es notable que la sección “Seguridad” de *La Nación* también in-

cluya un conjunto de hechos abyectos que no corresponden a tal categoría: abusos, lesiones graves y asesinatos domésticos o vecinales, cuyos autores no son sino integrantes —hasta el instante de transformarse en victimarios— de la ya mencionada “parte sana de la población”.

De modo que, para el diario de los Mitre, los trescientos femicidios anuales en Argentina —con móviles tan disímiles como un brote de celos o una camisa mal planchada— serían fruto de la “inseguridad”. Un dislate que no incomoda mayormente a la masa de lectores, ya que encubre lo que este tipo de crímenes realmente es: un espejo del cuerpo social. Y su reflejo siempre aflora; incluso, a veces, con una insospechada lectura.

En tal sentido, bien vale evocar una añeja historia: la del “Descuartizador de Barracas”. Su víctima: Alicia Methyger, una empleada doméstica de la cual Jorge Eduardo Burgos, un joven de clase media que trabajaba en la papelería mayorista del papá, se había enamorado de un modo algo obsesivo. Los trozos

anatómicos de la mujer aparecieron en diferentes sitios de la ciudad. El asunto —cuyos capítulos incluyeron un misterio inicial sobre la identidad de la finada y la pesquisa que dio con el matador— mantuvo en vilo a la mayoría silenciosa. Corría el vidrioso verano de 1955.

Precisamente, dicha particularidad temporal incidió en un fenómeno político digno de ser mencionado. El océano social que separaba a los protagonistas hizo que el público dividiera sus simpatías: para algunos, la señorita Methyger murió por no someterse al yugo afectivo del hijo de sus patrones; para otros, él era un “muchacho de bien”, caído en las garras de una arribista. En realidad, bajo tal distribución de pareceres había nada menos que una clave propia de aquel tiempo: la representación de la antinomia en torno al peronismo.

De hecho, el interés por el caso cesó abruptamente el 16 de junio de ese año, al ser opacado por un crimen aun mayor: el bombardeo a la Plaza de Mayo.

Si hay algo claro en todo esto es que se está continuamente en presencia de episodios difíciles de clasificar en los ca-



silleros con los que la prensa divide el mundo. Y que determinadas circunstancias convertidas en información son, en lo periodístico, una fuente inagotable de curiosas traslaciones. En este punto, habría que preguntarse hasta dónde de la difusión de una muerte traumática es, en el sentido estricto, una noticia policial. Y, a la inversa, por qué ciertas tramas no delictivas de la actualidad son expuestas con un estilo que bordea la "serie negra". Lástima que aún no haya una teoría sobre esta cuestión. En cambio, sí existen historias que la avalan.

La más reciente: el caso de la muerte dudosa del fiscal Alberto Nisman. Una encrucijada fáctica fondeada en galimatías periciales y sin que —durante ocho meses de pesquisa— haya aflorado el más mínimo indicio sobre la intervención de terceras personas en su deceso. ¿Acaso, entonces, hubo un crimen? Si no es así, ¿por qué el empeño de la prensa en cubrir el tema como si fuera un arcano policial cuando en realidad se trataría de un misterio político? Y precedido por otros arcanos políticos no menos ominosos, como el atentado a la AMIA y un posible complot articulado por sectores recientemente desplazados de la SIDE. Antes

de exhalar su último suspiro, el infortunado fiscal había hecho pública una explosiva denuncia, pero sin pruebas ni sustento jurídico. ¿Una operación de inteligencia? Tal vez en el origen, en el desarrollo y en la finalidad de aquel dictamen pueda estar la clave de su fallecimiento. No obstante, detalles como el "espasmo cadavérico" y si Nisman murió de pie o arrodillado entretienen al público más que la verdad.

En este orden de cosas, también hay un clásico en la materia: la muerte del cantante Rodrigo, ocurrida en un accidente de tránsito durante la madrugada del 24 de junio de 2000. Sin embargo, no fue poca la obstinación de abogados y periodistas por atribuir el hecho a una inexistente "mafia de la bailanta". Su chivo expiatorio, un tal Alfredo Pesquera, quien estaba al volante del vehículo que rozó la camioneta del cuartetero. Tanto es así que, durante años, en torno a la falsa hipótesis del homicidio premeditado corrieron ríos de tinta. Hasta que, en 2002, Pesquera fue absuelto de culpa y cargo. En resumidas cuentas, la prensa había forjado un crimen imaginario para tornar taquillero un deceso sin dolo. Esa es una parte de la historia. La otra —esa sí, un

verdadero *thriller*, pero no advertida a tiempo por los medios— estaba depositada en la figura de Pesquera.

El tipo era un estafador de poca monta, quien por su profesión cultivaba un riguroso bajo perfil; o sea, estaba prófugo y lejos de sus damnificados. A tal efecto, supo recalar en domicilios temporarios de La Plata, Ensenada, Berisso y City Bell, hasta que, con el mayor de los sigilos, se refugió con su familia en la ciudad de Buenos Aires. En semejantes circunstancias, su destino se topó con la mayor de las desgracias: protagonizar un choque fatal con el ídolo nacional del momento. Casi una novela.

El 21 de diciembre de 2013, el pobre Pesquera se voló la tapa de los sesos. La policía lo buscaba por haber liquidado a un financiero para esquivar una deuda. Dada su calvicie, era como una ironía que la única prueba en su contra fuera un cabello suyo secuestrado en la escena del crimen. No era la primera vez, por cierto, que sucumbía bajo alguna broma del azar.

Y no siempre el periodismo es la primera versión de la Historia.

\* Periodista e investigador, especializado en temas policiales.